

Este dolor es mío

Silvana Tobón Cardona



M U S E O
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

Este dolor es mío

Fondo Editorial Museo Casa de la Memoria

Distrito Especial de Ciencia, Tecnología e
Innovación de Medellín

© del texto: **Silvana Tobón Cardona**

© del prólogo: **Roberto Castillo Udiarte**

© de la obra en portada, *Mismidad*: **Alejandro Tobón**

© de la presente edición: **Museo Casa de la Memoria**

ISBN: 978-628-96520-1-7

Primera edición: septiembre, 2024

Dirección:

Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:

Juan Fernando Jaramillo

Diseño y diagramación:

Dora A. Ramírez Vallejo

Daniel Cano

Profesional en planeación:

Carlos Ignacio Bernal

Calle 51 # 36–66, parque Bicentenario

Medellín, Colombia

Teléfono: 604 520 20 20

www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.



Este dolor es mío

Silvana Tobón Cardona

... y le cuenta a la página su vacío infortunio.

Dylan Thomas

Prólogo

Esta colección de escritos es el registro de una voz que atestigua los reclamos del día, el llanto colectivo y la lluvia de alegorías de una ciudad derramada por el miedo y la incertidumbre cotidiana, por los recuerdos de cristal, la miseria que carcome y la violencia de origen concreto. Este breve poemario es el testimonio de un corazón que deambula con pena de orquídea; mariposa que enfrenta la tristeza, propia y ajena, y al dolor soterrado; inquieta colibrí que sobrevive a las tormentas de hierro; flor de maracuyá que enfrenta a los saqueos de la dulzura; persistente luciérnaga amorosa que lucha contra la oscuridad colectiva. Este libro de poemas es un libro de esperanza a pesar de que «este dolor es mío», también.

Roberto Castillo Udiarte

Soy

Para los alarifes del cemento,
soy un estorbo que frena
el tamaño mineral de su premisa,
una extraña en el lugar equivocado;
sus amenazas de muerte me persiguen.

Pero soy más que una voz que ensordece
en la agitada ceremonia de las calles.
Soy testigo de la noche que avanza con el miedo,
de transeúntes perdidos en su sombra.
Y también soy testigo de mis floridos reclamos
que ululan la presencia de otros cuerpos.

Soy un punto para atar el nudo corredizo
y columpiarse en los espejos del viento.
Soy escombros y ceniza que el tiempo convierte en su liturgia.
Soy la dicotomía que humedece el perdón de la hostia,
mientras el corazón hierve de guerra.

Soy la voz de los espejos que repiten la luz de la memoria.
Soy los labios de la rosa que arden en las páginas vacías de la penumbra.
Soy el pájaro que deja sus alas en los bosques de nubes.
Soy la roca donde el pez se cristaliza antes de beber las últimas gotas del río.
Soy el trapecio de la lluvia donde el relámpago cuelga sus secretos.
Soy el relincho de la hierba cuando el jinete vuelve a su caballo.
Soy la vigilia de la aldaba cuando la puerta recibe los golpes de la luz.
Soy el aire que reescribe el ritornelo de la canción que viaja en las ranuras del tiempo.

Soy el carbón que deja el relámpago.
Soy tormenta.
Soy alegoría y llanto.
Soy las caricias y los besos
que han dejado sus cantos en los nudos de la piel.
Soy el puente invisible
donde la noche cruza para alcanzar el día.
Soy el recuerdo y la lechuza y los lobos en el bosque
y las aves incontables...

Soy la ruta que el dolor
todavía no ha recorrido.

Temporal

... A Medellín

Estaba la tormenta
a punto de entonar su cercanía,
me indicaba el camino
declamando sus grises por la calle.

Unos pasos lentos,
de hace siglos,
perseguían el palpitar de la metrópoli
como un ruido indigente
en la linde de la noche.

Todos mis recuerdos,
contemplativos,
hallaban su refugio
en la antigua Ceiba.

El viento pretendía
elear las banderas
más allá de la montaña.

Comenzaba a llover
sobre mi tierra.

Siglos de lluvia sobre llantos,
sobre mí, sobre el valle que dejaba atrás,
sobre la historia de una ciudad
derramada por el miedo.

Casa vieja

No necesito escuchar viejas historias
ni penetrar en la más profunda meditación
para darme cuenta de que en esta casa vieja
existen fantasmas, recuerdos llenos de nostalgias
y de amores ocultos.

Un lugar humilde en la áspera montaña
cerca de verdes bosques, surcada por frescas aguas
donde las noches oscuras infunden cierta añoranza.

Puedo imaginar que, a través del tiempo,
han pasado muchos abuelos
que depositaron sus esperanzas en sus nietos,
mientras estos soñaban con rescatar la pelota de caucho
que se quedó enredada en las tejas de la casa vieja.

También puedo imaginar a la abuela
con sus ojos llorosos, las manos llenas de ceniza
y los pies cansados.
La abuela también sueña,
imagina cómo el aguardiente se transforma en leche
y los naipes, en un libro sagrado.

Ella recuerda el destierro causado por la opresión
de aquellas opuestas ideas que sembraron el miedo
y la asilaron en la montaña, llevando por compañeras
a la angustia y la desolación.

Hoy veo con tristeza la casa, sus puertas están cerradas.
Ya no queda el platanal, ni el cafetal, ni el maizal.
Nostálgico baja el río y mudo están sus remolinos.

Entre el profundo silencio
de la casa solitaria, se agita el recuerdo,
atrayendo la tristeza en estas noches sosegadas.
Puedo imaginar que en un futuro
pasaré a la historia,
al igual que los abuelos y los nietos,
y que esta
casa vieja
seguirá creando fantasmas.

Duelo

*«A la muerte se le toma de frente con valor y
después se le invita a una copa».*

-Edgar Allan Poe

Te niego mi existencia
porque me has traicionado.
Es fatal mirarte y sentir repudio a tus apetitos urgentes.

Impostora:
has fijado miedos inquebrantables
mientras huyes hacia el otro lado,
temerosa, como suspiro bajo la almohada.

Abrigada por estos sueños
que se niegan a tu abismo,
desconozco la miseria que te agobia
y aun así me miras,
me descubres, me desnudas y te marchas.

Renuncio a volar con miedo
sobre estos muros de dolor
que enumeran siempre presagios
en esta fría rutina
que lleva por nombre destierro y maldición.

Ahora ya no canto tu silencio,
y el fantasear que adjudicaba mis sentidos
muere en la urgencia
de otro cuerpo perdido.

El encuentro con tus ruinas
se cierne sobre el presente.
Ha llegado la hora
de levantar las sordinas,
elear un reclamo, anticipar la descarga
y darnos muerte segura.

Destinación

Al maestro Alberto Vélez Álvarez (Pedro Jaraba)

Esa mañana tropezaba copiosamente su huella contra el cuadro,
como un grito de clamor que rugía entre sus vísceras,
mientras sus lágrimas, hirviendo,
bajaban por la extraña y profunda cuenca de sus ojos azul turquesa.

Aburrido estaba de la guerra, harto de los silencios
de una podrida humanidad que le daba la espalda
en la baldía estación de un sueño que ya no existe.

Detrás de la pálida sombra,
el recuerdo que le habita
sigue huyendo.
Pero la búsqueda transcurre incansable.

Le conozco como el silbato
que advierte la inminente espera,
como el destello que anticipa la descarga.
Sabe el viento de los nudos que le atan,
anuncia la noticia su triste y melancólica canción.

Agotado estaba de precisar presagios.
Pintaba con sus soledades
tormentas que atraviesan el horizonte
y penetran la miseria de nuestros días
entre óleo, verde y selva.

Pero acudieron palabras al pacto con la sangre,
desfilaron versos como antídoto
y se disolvió en el arcoíris
el negro de esa fría masacre.

Todo estaba inmóvil y, aun así,
sus ojos no abandonaron el refugio de la noche.
Su garganta emitía un llanto
que desgarraba al mundo.

Ha culminado el suplicio,
suena a destinación,
huele a despedida.
El palpitar indomable de un corazón
que galopa entre sus lienzos.

Enero

Al Valle de Upar.

Hace calor,
los pájaros atraen la noche con su canto,
las imágenes de afuera definen la extraña textura
de una ciudad contemporánea que galopa
entre el olvido y el silencio.

Se precipita el tiempo sobre un reloj inexistente.
Huele a complot, alguien me espera.

Más allá de los cristales
que acompañan las ventanas de metal,
la magia se desvanece,
se supera,
se despliega perfecta y
absolutamente discreta en mi espalda,
me cala en los huesos sin dejar residuo
de secreto u ocultación.

El lenguaje de mi cuerpo
padece un síntoma abstracto,
un derramamiento que se pierde en sí mismo,
en estas sábanas blancas que danzan y muerden.

Si esta oscuridad tuviera corazón,
detendría conmigo sus latidos
en la primera desnudez
que ha vestido mi cuerpo abandonado.

El manto opaco de la noche
acaba de quebrarse
y las primeras luces
clarean el horizonte silencioso.

El viento del norte susurra una metáfora
que invita a bañarme en su agua,
mientras un centenar de cañahuates
dan gritos amarillos en la montaña
que lleva su olor como presagio.

Alborada

Vacilantes van mis pasos,
acostumbrados al desarraigo y estremecidos por completo
en el transcurrir de estas noches retorcidas por el miedo.
Infértil es mi llanto
que cabalga contra el viento,
bajo un lamento que reposa en la agonía inclemente
de esta, la última tormenta.

En vano pasan los días
y el devenir se detiene
entre la rueda de la vida
que ahora no tiene memoria.

Un grito solitario despierta mi ensueño.
Sin medir frontera,
me deja ajena de mí misma.
No me quedaré en silencio.
No podrán anular el recuerdo de mis pasos.
No inventaré pretextos.
No alimentaré sus egos.
No huiré sin dar batalla.

Tengo tantas cicatrices en mi útero
que podría hacer con ellas un fino desfile,
un destello como grito fecundo,
donde la verdad atrevida,
arriesgada, osada,
me retorna a la alborada.
Solo encenderé mi luz,
cierta como el legado incorruptible
de esta era que se extingue.

Te recuerdo así

Entre orquídeas y frondosos bosques,
resplandecientes,
pienso en voces maltratadas y anegadas;
ojos fríos de reverso,
abrazos temporales.
Te conduzco por la acera ocultando ese dolor.

Juegas a ser el caballero
y te apareces aquí, ahora,
bailando y cantando,
jugando a ser el hidalgo que extinguió esa noche.

Te recuerdo así,
entre flores, hojas
y resabios que no veo,
terminando un apurado roce
y las palabras consecuentes.

Te recuerdo así,
extinguendo juntos una vida,
agotando las palabras,
alejando las miradas.

Te recuerdo así,
una siniestra sombra que delata las ausencias.

Confidencia

«...porque esto para siempre debe ser un secreto guardado de todos los demás».

-Lewis Carroll

No logro encausar la furia que me asiste,
me detengo y pienso
cuán infinito es el deseo de inventarte.

Respiro ideas que iluminan mi sed de vos,
es como si el clamor de los vientos, por cruzar tu cordura,
terminara en un solo e inquieto compás,
esa melodía que lleva un nombre, una figura
y algunas llamadas que juegan al fantasma.

Este afecto inhala simplezas,
es de miradas complacientes,
de sueños firmes, aromas taciturnos,
de encuentros fortuitos y un deseo intacto.

Este anhelo no se arrepiente,
pero se esconde,
incansable guerrero
que se eslabona en el tiempo,
anuncia su cortejo de esperanza,
súbita conspiración de amarillo mostaza.

Es un rumor que existe y no te toca.
Este deseo susurra tu nombre en la ventana
y reclama al viento una historia,
la sutil palabra,
un vientre en llamas
en la urdimbre del deseo
que no se apaga.

Este capricho ya no para,
huele a destinación, sabe a propósito,
es interminable, insospechado,
aun sin batallas, sin aliento, sin retorno.

Tú, mi utopía,
el que no sabe de este infierno
abre tu ventana y respira mi aliento,
atiende el llamado mortal de mi propuesta:
lánzate al vacío y hábitame.

Ritmo

A pesar de que la lluvia y la tristeza
no acaban de llevarse el día,
sueño con otra orilla lejana
donde las aguas me anuncian partituras,
una melodía oleada,
ráfagas de Pink Floyd
que vienen y se alejan
y vienen otra vez,
persistencia arrebatada
junto a lo que no acaba de llevarse:
la música perfecta,
la lluvia y la tristeza.

Este dolor es mío

Pesada es la carga de la verdad inoportuna;
no todos pueden soportarla,
pero me doy el gusto de elegir
por dónde sangrar
y cuándo huir.

Ningún cuerpo es madriguera
de la infamia del guerrero,
pero la zozobra multiplica los ojos
en los espejos del temor que me persiguen,
encontrando el reflejo de las propias heridas.

Me alejo del rojo pendular de la mecedora,
donde descansa una mujer parecida a mí.

Ahora, cuando parece que nada sucede,
quedo atrapada en los pilares desolados
de esta noche que se derrama en mis ojos.

Ya casi sombra,
la penumbra es roca que tropieza con el cuerpo.
Llueve sobre mí un invierno de dolor,
convirtiéndome en abismo.

El ruido de unos pasos busca mi puerta
para que no pueda ocultar lo inevitable.
Negarse tiene el costo que el milagro desconoce
cuando esta guerra reduce el territorio
solo al tamaño de mis pies,
custodiando las riberas del insomnio.

Ya sospecho que pronto no habrá luz en mi piel.
Mi epitafio vendrá en la esquiva mirada de otro sueño.
Mis frutos serán invisibles racimos
en algún ojal de la memoria,
y mi hamaca, fértil al cortejo vegetal,
seguirá atada al viento de otros árboles.

Manada

Andan sueltos los lobos,
los oigo aullar no muy lejos, a mi espalda,
pero no me vuelvo.
Ya he caminado muchas veces entre ellos y a oscuras.
Ahora yo soy quien lleva la luz
y ellos los que tienen hambre.

Mi cuerpo resiste las ausencias.
Puedo vivir sin lágrimas
o derramarlas todas en una noche.
No tengo ya la piel de cordero,
mi tez ahora es de tantos como he querido.

Vuelvo a estar cosechando recuerdos,
pero sin miedo a que me traguen.
He visto a sus labios
devorar las tormentas del humo,
como zainos en las fauces de la sequía.

Camino al frente de cada uno ahora,
más desnuda que nunca,
durmiendo al sereno,
anudando mis palabras
en esta noche silenciosa,
bajo las estrellas de sus ojos
y sabiendo que una noche cualquiera
podrán comer de mi cuerpo.

Algo huele mal

Siembro huracanes cuando mi alma se cansa
de tanta violencia, de tanta miseria.
Cuando la ausencia invade hasta los sueños,
evitar la nostalgia es imposible.

Tengo dudas de si aprendí
a vivir de la incertidumbre, esquivando balas,
o si ninguna me llegó a matar.
Pero lo que sí sé, es que algo huele mal.

Es tan simple como el ejercicio de observar por la ventana
mientras los sentidos son devorados precipitadamente por el viento,
y una lánguida mirada provoca un dolor inexcusable.

¿Qué crimen cometiste para hacerte balancear entre estas calles
trazadas por la inhumana opresión?
Vi tus manos abiertas por sedientos deseos de sobrevivir,
pero te han olvidado y ya no hay luz en tu mirada.
Te han llenado la boca de fuego, quitándote el gusto por respirar.

De tanto evitar la muerte, pareces tenerle pavor a la luz,
porque también necesitas de vez en cuando
ahogarte en la oscuridad para no ennegrecerte
cuando enciendes una vela.

Aunque te ocupen la memoria y te adornen la existencia,
aunque te conserven tus huellas y te otorguen una recompensa,
aunque te congelen la melancolía, fuera de allí,
la vida seguirá con el viento y se llevará en el crepúsculo
el esplendor de tu hoguera.

Una breve caligrafía del epitafio permanecerá ilesa en tu tumba.
Y yo sigo aquí, con una copa en la mano,
balanceada en la ventana
Algo huele mal.
Desterrado ya no vales nada.
Y yo todo lo tengo.

Alicia

Estamos en el parque,
presas la tarde y yo,
mientras la fuente
se ha vestido impasible con las hojas
que destilan sus gotas escarlatas.

Hay un espejo enfrente,
antiguo, convexo,
mas no me veo en él;
quizás este llanto me hizo traspasar
a ese otro mundo
que inventara esta tarde solo para mí.

Y allí estás, en el mismo lugar en que nos quebramos,
con esos pesados recuerdos que siguen petrificados
en las paredes de la penumbra.

Ya es muy tarde para saber que es temprano,
dice la del otro lado del espejo.

Cuando me vaya, estos fragmentos que siguen esperando
no sabrán a quién les pertenecen,
porque no serán del mismo lugar donde nos rompimos,
porque no podrán ver en lo que nos hemos desarmado

Hay un alma
que prefiere olvidar su propio dolor
y ha decidido elegir volverse recuerdo
para estar segura de que una parte de sí misma
se atreverá a extrañarse con urgencia
como la ansiedad que le sigue a la espera.

Hay un alma
que prefiere soñar con otro mundo.

Eclipse

Extraña quietud la de este invierno
cuando hay algo que llama,
silencioso, al presagio,
cuando se ordenan las figuras en el tiempo
que los miedos desatan.

Se irrigan destellos
en verdes lejanías,
en pueblos fantasmas
donde la memoria se esconde
debajo de la tierra.

Acomete mi espera,
porque todo está inmóvil
culminando el suplicio
que ha empañado mis ojos.

Lacerante quietud la del eterno milagro
que desgarrar los recuerdos de mi infancia
cuando hay algo que sangra
más allá de las heridas.

Qué extraño...
He mirado mi estancia y no es la misma,
la mesa es diferente, la ventana desdibuja paisajes,
el papel no conoce mis versos.

Qué distinto me ha parecido todo y, sin embargo,
yo sigo siendo igual:
las mismas manos, las mismas heridas,
un silencio de plomo, un cielo raso
y la dignidad intacta.

Qué extraño...
Tanta luz que impregnaba los sentidos
antes de este misterio,
ya no está reflejando mi sombra.
Ahora que de nuevo
vuelvo a brillar despacio,
intento que en esta fiel morada
todo parezca igual
y que los paisajes
sobrevivan a tantos espejismos.



Silvana Tobón Cardona (1980), poeta e historiadora de la Universidad Nacional de Colombia. Es una tejedora de palabras que habita entre la memoria y el verso. Su poesía es un río que transporta las raíces de su tierra, entrelazando historias y emociones en cada corriente. Su pluma navega con maestría entre el ensayo, la investigación y la prosa, explorando los ecos de lo vivido y lo soñado. Como agitadora cultural, Silvana ha sembrado espacios donde la palabra florece y transforma. Su presencia ha resonado en festivales internacionales, como el Salón del Libro Iberoamericano y el Otoño Cultural Iberoamericano en Huelva, España, así como en Edita en Punta Umbría, España, y el Festival FELINO de Literatura del Noroeste en Tijuana, Baja California. Desde el 2011, lidera la coordinación de EDITA Colombia, llevando la palabra a nuevas fronteras y cultivando un terreno fértil para la creación literaria.

The background is a solid teal color with several horizontal, wavy bands of a slightly darker shade of teal, creating a layered, water-like effect.

Este dolor es mío

Silvana Tobón Cardona

MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

Una publicación del Fondo Editorial
Museo Casa de la Memoria



Los poemas que recoge este libro son el testimonio vivo de las pérdidas, del dolor, pero también de la esperanza innegable que guarda Silvana Tobón después de haber recorrido el país durante años construyendo comunidad. *Este dolor es mío* son las palabras del “fénix que renace, que vive entre la hostia y el fuego”, poemas que hacen memoria, que nos hablan de un conflicto interior, nacional, transversal. Tobón nos muestra que, cuando duele, es cuando nos develamos ante nosotros y ante los otros. “No es el olvido, no son las desmemorias; se trata de nombrarlo para que se transforme”.

Juan Fernando Jaramillo
Editor

M U S E O
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación